

REFLEXIONES EN TORNO AL AMOR Y LA VERDAD EN EL PENSAMIENTO DE SAN AGUSTÍN Y SAN ANSELMO

IGNACIO VERDÚ BERGANZA
Pontificia Universidad Comillas

RESUMEN

En el estudio se presentan las repuestas que san Agustín y san Anselmo dan sobre el amor y la verdad. Ambos autores intentan responder a preguntas entorno al significado, deseo y amor a la verdad. Todas estas cuestiones son afrontadas por San Agustín y radicalmente meditadas por San Anselmo, en una línea eminentemente platónica, pero que, a la vez, presenta como insuficiente el esfuerzo del platonismo, pues ambos manifiestan en su obra la viva convicción de que la gracia divina es necesaria para adquirir no una filosofía cualquiera, sino la auténtica y verdadera.

Palabras clave: amor, verdad, filosofía, san Agustín, san Anselmo, sabiduría.

ABSTRACT

This paper presents the answers given by St. Augustin and St. Anselm on love and truth. Both seek to respond questions on significance, will, and love of the truth. All this questions are faced by St. Augustin and its are considered by St. Anselm, in an plotonic way. Moreover, they present that the platonicism is an insufficient way, because they are persuaded that the divine grace is necessary to accomplish an authentic and true philosophy.

Keywords: love, truth, philosophy, St. Augustin, St. Anselm, wisdom.

“Porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti. [...] Pero ¿Callarás para siempre? Pues saca ahora de este espantoso abismo al alma que te busca, y tiene sed de tus deleites, y te dice de corazón: busqué, Señor tu rostro, tu rostro señor buscaré, pues lejos está de tu rostro quien anda en afecto tenebroso, porque no es con los pies del cuerpo ni recorriendo distancias como nos acercamos o alejamos de ti”¹.

“Di ahora, corazón mío todo entero, di ahora a Dios: «Busco tu rostro; tu rostro, Señor, deseo». [...] He sido creado para verte, pero no he realizado todavía aquello para lo que fui creado. [...] No pretendo, Señor, penetrar en tu grandeza, pues de ninguna manera comparo mi entendimiento con ella; pero deseo de alguna manera entender tu verdad, que cree y ama mi corazón. No busco entender para creer, sino que creo para entender. Pues también creo esto: «si no creyese, no entendería»”².

“Así se han de buscar las realidades incomprensibles, y no crea que no ha encontrado nada el que comprende la incomprensibilidad de lo que busca. ¿A qué buscar, si comprende que es incomprensible lo que busca, sino porque sabe que no ha de cejar en su empeño mientras adelanta en la búsqueda de lo incomprensible, pues cada día se hace mejor el que busca tan gran bien, encontrando lo que busca y buscando lo que encuentra? Se le busca para que sea más dulce el hallazgo, se le encuentra para buscarle con más avidez... Busca la fe, encuentra el entendimiento. Por eso dice el profeta: si no creyereis, no entenderéis. Sigue buscando el entendimiento al que encontré”³.

Los textos con los que encabezo este estudio, y bien podría haber elegido muchos otros, sirven de introducción en el asunto que quiero abordar y, al mismo tiempo muestran, con innegable claridad, la cercanía en la que se encuentran los dos pensadores que han inspirado estas reflexiones.

1 “...quia fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te”, AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, I, 1, 1, Madrid, BAC, 1998, 73. (*Obras completas de San Agustín*, II); “Numquid semper tacebis? Et nunc erues de hoc immanissimo profundo quaerentem te animam et sientem delectationes tuas, et cuius cor dicit tibi: “quaesivi vultum tuum; vultum tuum, Domine, requiram”; nam longe a vultu tuo in affectu tenebroso. Non enim pedibus aut spatiis locorum itur abs te aut reeditur ad te”, AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, I, 18, 28, 98-99.

2 “Dic nunc, totum «cor meum», dic nunc deo: «quaero vultum tuum; vultum tuum, domine, requiro». [...] Denique ad te videndum factus sum, et nondum feci propter quod factus sum. [...] Non tento, Domine, penetrare altitudinem tuam, quia nullatenus comparo illi intellectum meum; sed desidero aliquatenus intelligere veritatem tuam, quam credit et amat cor meum. Neque enim quaero intelligere tu credam, sed credo tu intelligam. Nam et hoc credo: quia «nisi credidero, non intelligam»”, SAN ANSELMO, *Proslogion*, c. 1., Eunsa, Ansoain [Navarra], 2002, 35, 36 y 38.

3 “Sic enim sunt incomprehensibilia requirenda, en se existimet nihil invenisse, qui quam sit incomprehensibile quod quaerebat, potuerit invenire. Cur ergo sic quaerit, si incomprehensibile comprehendit esse quod quaerit, nisi quia cessandum non est, quamdiu in ipsa incomprehensibilium rerum inquisitione proficitur, et melior meliorque fit quaerens tam magnum bonum, quod et inveniendum quaeritur, et quaerendum invenitur? Nam et quaeritur ut inveniatur dulcius, et invenitur tu quaeratur avidus. [...] Fides quaerit, intellectus invenit; propter quod ait propheta: “Nisi credideritis, non intelligetis”. Et rursus intellectus eum quem invenit...”, AGUSTÍN DE HIPONA, *La Trinidad*, Libro XV, Cap. 2, 2, Madrid, BAC, 2006, 697-698. (*Obras completas*, V, o. c.).

El anhelo de verdad, la búsqueda de Dios, de un Dios-Verdad, Bien, inefable, inabarcable, que se desea ardientemente, para cuya visión hemos sido creados, y que, sin embargo, no vemos; el dolor de su ausencia, de su lejanía, y la cierta consciencia de su estrecha cercanía, dones de un Dios que es amor, y que sólo por la gracia de la fe, una fe viva, podemos llegar a amar y ver; todo ello es objeto de honda preocupación y reflexión para uno de los filósofos más profundos que podemos tener la suerte de conocer: San Agustín:

“¡Miserable de mí! ¿Por qué se me priva de su vista, prolongándose el tormento de mi deseo? Ya he demostrado que ningún otro amor me domina, porque lo que no se ama por sí mismo no se ama”⁴, “Ay, ay de mí, por qué grados fui descendiendo hasta las profundidades del abismo, lleno de fatiga y devorado por la falta de verdad”⁵, “¡Oh verdad, verdad!, cuán íntimamente suspiraba entonces por ti desde los meollos de mi alma”⁶.

Es la filosofía misma, si por filosofía entendemos, como lo habían hecho Sócrates o Platón, el amor a la sabiduría, o el ardiente deseo de saber, de ver la verdad, lo que está en cuestión. En efecto, ¿De qué hablamos cuando hablamos de la verdad?, ¿qué son este deseo y este amor?, ¿cómo es posible desear la verdad?, ¿qué es amar la verdad?

Todas estas cuestiones son afrontadas por San Agustín y radicalmente meditadas por San Anselmo, en una línea eminentemente platónica, pero que, a la vez, presenta como insuficiente el esfuerzo del platonismo, pues ambos manifiestan en su obra la viva convicción de que la gracia divina es necesaria para adquirir no una filosofía cualquiera, sino la auténtica y verdadera.

Ambos pensadores afrontan la tarea de mostrar del modo más radical posible (y en cierto modo San Anselmo representa, así mismo, una radicalización, un ahondar en las raíces, de los planteamientos agustinianos) la falsedad, lo profundísimamente erróneo, de la afirmación de Protágoras: *homo mensura*.

Pero, así mismo, se esfuerzan ambos en, lejos de menospreciar esa vieja posición, hacernos ver su permanente vigencia y la dificultad de erradicarla de verdad del fondo de nuestros corazones.

4 “Quid ergo adhuc suspensor infelix et cruciatu miserabili differor? Iam certe ostendi nihil aliud me amare, siquidem quod non propter se amatur, non amatur. Ego autem solam propter se amo sapientiam...”, AGUSTÍN DE HIPONA, *Soliloquios*, I, 13, 22, Madrid, BAC, 1994, 463. (*Obras completas...*, o. c., I).

5 “Vae, vae! Quibus gradibus deductus in profunda inferi, quippe laborans et aestuans inopia veri”, AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, III, 6, 11, 141.

6 “O veritas, veritas, quam intime etiam tum medullae animi mei suspirabat tibi”, *ib.*, III, 6, 10, 139.

Esepticismo e idolatría son los dos grandes peligros para el hombre. Quizá habría que decir el gran peligro para el hombre, pues en el fondo el escéptico, que afirma la no existencia de una medida sobre él, está abocado a la idolatría.

Un objetivo radical de la profunda reflexión de ambos pensadores consiste en mostrarnos la asombrosa y dolorosa dificultad de amar, más aún, de amar la verdad, es decir, de no querer conquistar, dominar y someter. El hecho sobrecogedor de que mientras buscamos confiados en nuestro poder y en el dominio y los logros que nos proporciona, no podemos encontrar la luz de la verdad, topándonos de nuevo con nosotros mismos, lanzados hacia fuera, hacia nuestras posesiones, el ámbito de lo que podemos conquistar, dominar y medir: el mundo. Avocados a alienarnos, finalmente, en una atrayente idolatría y un desesperante, y, por ello, orgulloso, esepticismo.

Éste es el meollo de la cuestión. Éste es el punto crucial en el que Agustín y Anselmo están seguros de que el cristiano puede decir aún más de lo que dijo el griego.

Podemos leer en el tratado *De la verdad* de Anselmo que “*así como todas las rectitudes... son tales porque sus objetos son o hacen lo que deben, en cambio, la Verdad suprema no es rectitud porque deba alguna cosa. Todas las cosas le deben a ella, pero ella no debe nada*”⁷.

La cuestión capital, existencialmente ineludible, es la de que no es lo mismo vivir rectamente, en acuerdo con la verdad, que no hacerlo. Y es que a la desasosegante pregunta, tan presente en el Sócrates que Platón nos transmitió: “¿Cómo he de vivir mi vida para que haya merecido la pena haberla vivido?”, sólo cabe responder: “comprometidos con la Verdad, amándola, es decir, amando”.

“A ti invoco, Dios Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas”⁸, dice Agustín en los Soliloquios, “Dios que nos das la sed de la bebida que nos sacia”⁹, “Seguirte a ti es amar; verte es poseerte. Dios, a quien nos despierta la fe, levanta la esperanza, une la caridad”¹⁰.

Esta identificación de Dios, del Dios cristiano, con la Verdad es la clave, y una clave de consecuencias de enorme calado.

7 “M.— Considera quia, cum omnes supradictae rectitudines ideo sint rectitudines, quia illa in quibus sunt aut faciunt quod debent; summa veritas non ideo est rectitudo quia debet aliquid. Omnia enim illi debent, ipsa vero nulli quicquam debet; nec ulla ratione est quod est nisi quia est”, SAN ANSELMO, *De la verdad*, c. 10, Madrid, BAC, 2008, 521. (*Obras completas de San Anselmo, o. c.*, I).

8 “Te invoco deus Veritas, in quo et a quo et per quem vera sunt quae vera sunt omnia”, AGUSTÍN DE HIPONA, *Soliloquios*, I, 1, 3, 437.

9 “Deus, per quem sitimus potum, quo hausto nunquam sitiamus”, *ib.*, 438.

10 “...quem adtendere hoc est quod amare: quem videre hoc est quod habere. Deus, cui nos fides excitat, spes erigit, caritas iungit”, *ib.*, 437.

La Verdad se nos muestra ahora como lo absolutamente inasimilable, insoportable, indomitable, fuera de nuestro poder, inefable, sólo accesible amando, es decir, dándonos, entregándonos. “No se entra en la Verdad si no es por la caridad”¹¹.

Anselmo vive con extrema fuerza la realidad descrita, y sólo teniendo esto en cuenta puede entenderse suficientemente su obra:

“¡Oh suma e inaccesible luz, oh total y feliz verdad, qué lejos estás de mí, que estoy tan cerca de ti! ¡Qué alejada estás de mi mirar, yo que estoy tan presente a tu mirada! Estás presente en todo lugar y no te veo”¹², “Vamos, hombre insignificante, elude un poco tus ocupaciones, escóndete un momento de tus tumultuosos pensamientos. Aparta ahora tus pesadas preocupaciones y pospón tus penosas obligaciones. Deja libre un momento para Dios, y descansa un poco en Él. Entra en la morada de tu alma, deja fuera todo excepto Dios y lo que te ayude a buscarle y cerrada la puerta, búscale”¹³.

Ya había dicho Agustín que:

“había amado la vanidad y buscado la mentira”¹⁴, que “en los fantasmas que había tomado por la verdad se hallaba la vanidad y la mentira”¹⁵, y añadía: “¡Oh Verdad!, tú presides en todas partes a todos los que te consultan[...] Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tu creaste. Tú estabas conmigo, más yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían”¹⁶.

Como espero poder mostrar, la extrema y radical dificultad del amor, del compromiso con la verdad, está vinculada de un modo esencial, no ya con la abisal distancia ontológica entre Dios y la criatura, sino con una infranqueable exigencia de humildad y plena vulnerabilidad, una exigencia a la que el hombre,

11 “Quia non intratur in veritatem nisi per caritatem”, AGUSTÍN DE HIPONA, *Réplica a Fausto el maniqueo*, XXXII, 18, Madrid, BAC, 1993, 743. (*Obras completas, o. c.*, XXXI).

12 “O summa et inaccessibleis lux, o tota et beata veritas, quam longe es a me, qui tam prope tibi sum! Quam remota es a conspectu meo, qui sic praesens sum conspectui tuo! Ubique es tota praesens, et non te video”, (SAN ANSELMO, *Proslogion*, c. 16, 53).

13 “Eia nunc, homuncio, fuge paululum occupationes tuas, absconde te modicum a tumultuosis cogitationibus tuis. Abice nunc onerosas curas, et postpone laboriosas distentiones tuas. Vaca aliquantulum deo, et requiesce aliquantulum in eo. “Intra in cubiculum” mentis tuae, exclude omnia praeter deum et quae te iuvent ad quaerendum eum, et “clauso ostio” quaere eum”, *ib.*, 35.

14 “Dilexeram enim veritatem et quaesieram mendacium”, AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IX, 4, 9, 356.

15 “In phantasmatis enim, quae pro veritate tenueram, vanitas erat et mendacium”, *ib.*, 357.

16 “Veritas, ubique praesides omnibus consulentibus te”, “Et ecce intus erat et ego foris, et ibi te quaerebam et in ista formosa, quae fecisti, deformis iruebam. Mecum eras, et tecum non eram. Ea me tenebant longe a te, quae si in te non essent, non essent”, *ib.*, X, 26 y 27, 37 y 38, 424.

por sí mismo, no es capaz de responder (la gracia es un concepto fundamental en este contexto).

Uno y otro pensador lo viven y lo transmiten en sus escritos, aunque sin duda es Anselmo el que lo hace de un modo más intenso. “*Me dirigía hacia Dios, y tropecé conmigo mismo. Buscaba descanso en mi soledad, y he encontrado tribulación y dolor en mi intimidad. Quería reír por el gozo de mi alma, y soy forzado a rugir por el gemido del corazón. Esperaba la alegría, y he aquí que se suceden los suspiros*”¹⁷.

Dios, la Verdad misma, no está presente como lo está el mundo. Agustín y Anselmo nos muestran, como pocos, que no lo tienen ante sí como las cosas que podemos definir, clasificar, ordenar...; pero, aun así, sienten profundamente su ausente presencia y, dolientes por su ausencia, anhelan su presencia:

“Qué amo en realidad cuando te amo?— decía Agustín— Ni brillo de cuerpo, ni honor pasajero, ni resplandor de luz, que tanto aman los ojos, ni dulces melodías de sonos variados, ni fragancia de flores, perfumes y aromas, ni manás ni mieles, ni miembros placenteros a los brazos de la carne: nada de esto amo cuando a mi Dios amo. Y sin embargo amo una cierta luz y cierta voz y cierta fragancia y cierto manjar, y cierto abrazo cuando amo a mi Dios: luz, voz, olor, manjar, abrazo de mi hombre interior...”¹⁸, “Todavía te ocultas a mi alma, Señor, en tu luz y felicidad,— decía Anselmo — y por eso se bate ella todavía en sus tinieblas y en su miseria. Pues mira en torno a sí y no ve tu belleza. Escucha, y no oye tu armonía. Olfatea, y no percibe tu aroma. Saborea, y no reconoce tu sabor. Palpa, y no siente tu suavidad... los sentidos de mi alma se han embotado, se han endurecido, se han obstruido por la antigua flaqueza del pecado”¹⁹.

Dios, la Verdad, está ahí, pero como lo oculto y, sobre todo, perdido. Y es la conciencia de su pérdida una clave, pues el humilde reconocimiento de nuestra

17 “Tendebam in Deum, et offendi in me ipsum. Requiem quaerebam in secreto meo, et “tribulationem et dolorem inveni” in intimis meis. Volebam ridere a gaudio mentis meae, et cogor rugire a gemitu cordis mei. Sperabatur laetitia, et ecce unde densentur suspiria”, SAN ANSELMO, *Proslogión*, c. I, 37.

18 “Quid autem amo, cum te amo? Non speciem corporis nec decus temporis, non candorem lucis ecce istis amicis oculis, non dulces melodias cantilenarum omnimodarum, non florum et unguentorum et aromatum suavolentiam, non manna et mella, non membra acceptabilia carnis amplexibus: non haec amo, cum amo Deum meum. Et tamen amo quandam lucem et quandam vocem et quandam odorem et quandam cibum et quandam amplexum, cum amo Deum meum, lucem, vocem, odorem, cibum, amplexum interioris hominis mei...” , AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, X, 6, 8, Madrid, Tecnos, 2006, 384 (Traducción de Agustín Uña).

19 “Adhuc lates, domine, animam meam in luce et beatitudine tua, et idcirco versatur illa adhuc in tenebris et miseria sua. Circumspicit enim, et non videt pulchritudinem tuam. Auscultat, et non audit harmoniam tuam. Olfacit, et non percipit odorem tuum. Gustat, et non cognoscit saporem tuum. Palpat, et non sensit lenitatem tuam. ... sed obriguerunt, sed obstupuerunt, sed obstructi sunt sensus animae meae vetusto languore peccati”, SAN ANSELMO, *Proslogion*, c. XVII, 53-54.

condición pecadora, de nuestra falta de humildad suficiente, es lo que nos capacita para sentir sufrientemente la ausencia de Verdad, y reconocer a Dios como oculto y límite para nuestra insatisfecha razón.

Sin el reconocimiento de nuestro pecado, sin fe, no podemos saber del amor a la Verdad, ni vivir en su esperanza, confundiendo todo ello con el deseo de conquista y sometimiento. Ni sabremos de nosotros como imagen borrosa, deformada, de Dios mismo; algo de una importancia difícilmente igualable, pues es precisamente nuestra condición trinitaria la que nos mantendrá lanzados hacia Dios, la Verdad, el Bien en sí, la Belleza inenarrable que sobrepuja toda humana comprensión:

“¡Oh eterna Verdad y verdadera caridad y amada eternidad! Tú eres, Dios mío, por ti suspiro día y noche... Y descubrí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza, como si oyera tu voz desde lo alto: “Soy manjar de grandes, crece y me comerás. Pero tu no me convertirás en ti, como al alimento en carne tuya, sino que tú te mutarás en mí”²⁰.

Así, quien no experimenta la ausencia de Dios, ni capta a la Verdad como límite, es un insensato, un hombre que no sabe ni tan siquiera lo que es o, mejor expresado, quién es. No ha sido capaz de mirar con suficiente hondura en su interior, volcado como está en lo externo, hasta el extremo de enajenarse.

San Agustín nos lo relata con gran belleza en sus confesiones. Carente de fe viva, ignora lo que lo constituye con más profundidad de la que él mismo es capaz de sondear y, desconocido para sí, no sabe de lo que realmente quiere y no tiene.

Como queda claro al leer la obra de Anselmo, nuestro pensador ve con irrenunciable certeza que la máxima necesidad, insensatez, es soberbia: contentarse y glorificarse, como los tristes habitantes presos en la caverna de Platón, con la propia miseria.

Se trata, como lucho hasta morir Sócrates por mostrárnoslo, no de un mero no saber; es algo más. Es un contentarse con el no saber, un desear que sea suficiente con lo que se sabe, con no saber. Ahora bien, y esta es la clave de la propuesta de Agustín y Anselmo, sin fe, sin esperanza y sin caridad, el hombre, finalmente, confunde la Verdad consigo mismo.

La fe es confianza radical; y ésta no es posible tenerla en uno mismo. Tan sólo es posible tener confianza en lo otro que yo si se renuncia al poder de uno

20 “O aeterna veritas et vera caritas et cara aeternitas! Tu es, Deus meus, tibi suspiro die ac nocte. ...et inveni longe me esse a te in regione dissimilitudinis, tamquam audirem vocem tuam de excelso: «Cibus sum grandium: cresce et manducabis me. Nec tu me in te mutabis sicut cibum carnis tuae, sed tu mutaberis in me»”, AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, VII, 10, 16, ed. Tecnos, 298.

mismo. De ahí que pueda confiar en la razón en la medida en que la considere como algo que no es mío; en la medida que comprenda que el *Logos*, ni soy yo, ni es mío. Sin fe, al final, sólo quedo yo, solo, con mis rendimientos, mis dominios.

La esperanza es auténtica disponibilidad; un abrir la posibilidad, agradecido, de que sea lo que nunca podré hacer que sea, y en lo más profundo de mí ser deseo, anhelo. Sólo ella nos mantiene en la búsqueda, confiados.

La caridad es entrega; olvido de mí mismo por lo otro que yo. Amor, a lo único amable; a lo que no soy yo y nunca lo será, pero en lo más profundo de mis entrañas me habita, haciéndome capaz de confiar, esperar y amar.

La idea clave es enormemente exigente. Es una verdad enraizada en lo que es y supone para la vida Cristo. El gran descubrimiento de estos vibrantes pensadores: La auténtica virtud del filósofo, en el sentido más profundo del término, lo que define el que hacer del filósofo, no es la curiosidad, ni la inteligencia, ni la habilidad dialéctica..., es la más difícil de todas las virtudes: la humildad.

La consciencia de este grandioso hecho es lo que hace que Agustín de gracias a Dios por haberle despertado, y Anselmo se esfuerce, tenaz y entrañablemente, en mostrarse necesitado de la ayuda de Dios para alcanzar lo que desea y profundamente alcanzado por la gracia divina, que le ha permitido saber de su miseria, y así saber de la verdad y poder amar.

“Porque todavía no dabas gozo y alegría a mis oídos, ni se alegraban mis huesos [¡Oh dulce Verdad!], que no habían sido aún humillados”²¹, “Ten compasión de las fatigas y esfuerzos que hacemos para ir hacia ti , nosotros que nada podemos sin ti. ...Te ruego señor que no desespere suspirando, sino que me alivie esperando...hambriento he comenzado a buscarte, no me dejes privado de ti. ...Que te busque deseándote, que te desee buscándote. Que te encuentre al amarte, que te amé al encontrarte”²².

¿Cómo podemos dudar de Dios?, ¿cómo es posible negarle?, ¿cómo podemos llegar a ser tan necios?, ¿no es esto negar nuestra racionalidad, nuestra capacidad de amar y conocer?, ¿no es esto negarnos a nosotros mismos, a nuestro verdadero ser?

21 “...dulcis veritas... Non enim dabas auditui meo gaudium et laetitiam, aut exultabant ossa, quae humiliata non erant”, AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IV, 15, 27, 183.

22 “Miserare labores et conatus nostros ad te, qui nihil valemus sine te. ...Obsecro, domine, ne desperem suspirando, sed respirem sperando. ...Obsecro, domine, esuriens incepti quaerere te, ne desinam ieiunus de te. ...Quaeram te desiderando, desiderem quaerendo. Inveniam amando, amem inveniando”, SAN ANSELMO, *Proslogion*, c. I, 37.

Ahora bien, ¿cómo podemos pensarlo sin convertirlo en un mero ídolo? “Señor, no eres sólo aquel mayor que el cual nada puede ser pensado, sino que también eres algo mayor que lo que puede ser pensado”²³.

“Esto parece una paradoja. Pero no hace falta pensar mal de la paradoja, porque paradoja es la pasión del pensamiento y el pensamiento sin paradoja es como el amante sin pasión: un mediocre modelo. Pero la suprema potencia de la pasión es siempre querer su propia pérdida, la pasión suprema de la razón es desear el choque, aun cuando el choque se torne de uno u otro modo en su pérdida. Esta suprema pasión del pensamiento consiste en querer descubrir algo que ni siquiera puede pensar”²⁴.

23 “...domine, non solum es quo maius cogitari nequit, sed es quiddam maius quam cogitari possit”, *ib.*, 52.

24 S. KIERKEGAARD, *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, Madrid, Trotta, 2004, 51.